



EL DRAMA DE NUESTRA HUMANIDAD

Escrito dominical, el 13 de septiembre

Al reanudar esta comunicación con ustedes en PADRE NUESTRO, después de este mes y medio de verano, me siento apesadumbrado y con tristeza. La razón no está en comenzar el trabajo en septiembre tras unos días de vacaciones; es por comprobar una vez más que fracasamos como hombres y mujeres en acogernos, reconocernos como hermanos por encima de diferencias, y seguimos dando lugar a guerras, muerte de inocentes. Situaciones que no pensábamos ver, como niños muertos en playas malditas o gentes asaltando el tren que les lleva a no se sabe dónde.

Conozco un poco Siria; algunos jóvenes católicos sirios vinieron también a Toledo a los días de la Diócesis en la JMJ Madrid 2011, con sus pequeños dramas; yo viajé a ese país el año de San Pablo en febrero de 2009, visitando también Líbano y una corta incursión en Antioquía en Turquía, donde los discípulos de Jesús fuimos llamados por primera vez cristianos. Fue un viaje en invierno muy impresionante. Recuerdo Damasco, las ruinas de Palmira y, sobre todo, Alepo, ciudad hoy arrasada. No entro en la razón del conflicto y la guerra entre dos bandos en ese desdichado país. Pero sí sé que las grandes potencias no fueron, como de costumbre, muy perspicaces y no afrontaron el problema, sino lo maquillaron y lo siguen haciendo. Y pienso, ¿estas familias, musulmanas o cristianas, que vemos ahora en Centroeuropa, no serán algunas de Alepo o de Palmira o Damasco? Aquellos niños que correteaban con el gran zoco de Alepo, ¿no serán jóvenes que ahora caminan lentamente por caminos en busca de algo mejor que lo que han dejado?

Es el drama, con otro escenario, de las comunidades cristianas en Irak, perseguidos por su fe en Cristo, o la de los subsaharianos que en pateras y con el engaño de las mafias llegan a España en Ceuta, Melilla o en alguna playa del litoral español. Nada les digo del mismo drama en costas italianas o griegas. Y, ¿qué hacemos? Hablar de cuotas de reparto. Reparto, ¿de qué? Son personas y el problema está en ese Medio Oriente, cuyo conflicto no abordamos, no nos vaya a crear problemas a nosotros. Nuestras comunidades cristianas, ¿están dispuestas a ayudar a estas familias, si vinieran aquí, huyendo del horror?

En su lugar preferimos destacar, por ejemplo, que el Papa Francisco ha decidido en el Año Jubilar de la Misericordia la facultad de que todos los sacerdotes puedan absolver del pecado del aborto a quienes lo han practicado y arrepentidos de corazón piden por ello perdón. Gozosa novedad sin duda y que muestra el corazón de la Iglesia, pero que no supone tanta novedad, novedad que sí que está en el texto de la carta del Santo Padre del 1 de septiembre para fijar la concesión de la indulgencia para este Año Jubilar, que comienza el 8 de diciembre en toda la Iglesia. Constato una vez más la ignorancia, espero que no culpable, de tantos profesionales de los medios. ¡Cuántas veces sacerdotes que reciben a los fieles en confesión para el Perdón llaman o al Obispo o al Penitenciario diocesano, que confiesa en la Catedral, para conceder el perdón a quienes han cometido un aborto y están arrepentidos o desconocían que había en para este pecado una excomunión "latae sententiae", es decir, ipso facto o inmediatamente! No les pienso decir la cifra. Pertenece a la intimidad de los fieles, que siempre será respetada. Que en este Año de la Misericordia los sacerdotes no tenga necesidad de llamar al Obispo es estupendo y muestra qué es lo importante en el sacramento de la Penitencia con la confesión de los pecados: la acogida del Padre que, como en la parábola de Jesús, mira a cada momento a ver su vuelve el hijo que se fue, y lo acoge con fiesta.

Nuestro curso pastoral comienza con este panorama, en el claro oscuro de nuestros comportamientos individuales o colectivos, con indiferencias ante el dolor humano, que nos provocan lágrima; con puesta en escena en la sociedad política de problemas un tanto raros o no demasiado reales, que son sin duda problemas, pero opacos al compararlos con los verdaderos o más serios problemas de la humanidad. Pero también con una llamada impresionante del Papa invitándonos a esa experiencia viva de la cercanía del Padre Dios, "como si se quisiese tocar con

la mano su ternura, para que se fortalezca la fe de cada creyente y, así, el testimonio sea cada vez más eficaz”. Estamos invitados.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo y Primado de España

PALABRAS PARA EMPEZAR UN CURSO

Escrito dominical, el 20 de septiembre

Deben ser palabras concisas, que consigan retratar el momento en que se encuentra la Iglesia diocesana y ofrecer diagnóstico y remedio. Listón muy alto me he propuesto saltar. Tal vez no logre mi propósito; creo incluso que no lo conseguiré por mi torpeza. Pero lo intentaré. De antemano digo algo fundamental: Jesucristo es quien, desde dentro, nos impulsa a evangelizar, a salir, a ofrecer el mensaje, su vida para los hombres y mujeres de nuestra sociedad. Ese es el horizonte, aunque hayamos confeccionado ya, en la Programación diocesana unos contenidos y acciones para este curso 2015-2016, que ayuda a concretar dicho horizonte.

Evangelizar supone celo apostólico, por dura que fuera la tarea. Evangelizar supone en la Iglesia diocesana confianza y coraje apostólico para salir de sí misma. Sí, “salir hacia las periferias”, que ya sabemos que quiere decir periferias no solo geográficas, sino la complejas periferias existenciales, que el Papa Francisco ya enumeró antes de empezar el cónclave en el que fue elegido: las del misterio del pecado, las del dolor, las de la injusticia, las de la ignorancia, las de prescindir de lo religioso (que el Papa llama “prescindencia”), las del pensamiento, las de toda miseria. Muchos males de nuestra Iglesia tienen su origen en creer que tenemos luz propia, de nuestra suficiencia, que deriva siempre en falta de humildad y prescinde del “mysterium lunae”, “misterio de la luna”. En los Padres de la Iglesia primitiva, esta expresión la empleaban ellos para explicar que, del mismo modo que la luna es un astro que no emite luz por sí mismo pero de noche brilla esplendorosamente al reflejar la del sol, así también la Iglesia no tiene más propósito que el de reflejar a Cristo.

Cuando intentamos vivir de nuestra propia luz, podemos caer en la “mundanidad espiritual”, un peligro real que nos puede sobrevenir y que hace estragos en el sujeto cristiano. Lógicamente para salir de sí, hace falta escuchar con devoción y fruición la Palabra de Dios, para proclamarla con obras y palabras. Si vivimos en nosotros mismos, de nosotros mismos, para nosotros mismos, tenemos riesgo alto de “mundanidad”, y no habrá cambios en nosotros. Recuerdo las palabras del cardenal Jorge Mario Bergoglio en esa intervención suya antes del cónclave: “pensando en el próximo Papa: un hombre que, desde la contemplación de Jesucristo y desde la adoración a Jesucristo ayude a la Iglesia a salir de sí hacia las periferias existenciales que la ayude a ser madre fecunda que vive de la dulce y confortadora alegría de evangelizar”.

Ninguno de nosotros es el Papa, pero tenemos la gracia de Cristo para ser buenos discípulos. Quiero decir que por qué estar apocados. Tenemos a tan buen capitán que es Cristo, como decía santa Teresa. Tenemos una Iglesia con comunidades en todas las poblaciones. Hay mucha gente dispuesta a trabajar, fieles laicos, consagrados, sacerdotes que están ilusionados. ¿Cómo poner trabas para comenzar con fuerza este tiempo que Dios nos da? ¿Cómo no abrir nuestro corazón, nuestras casas, nuestras parroquias a la acogida de quienes vienen de lejos asustados, huyendo de un mundo de horror, de violencia, de terrorismo?

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo y Primado de España

UNA OBSERVACIÓN

Escrito dominical, el 27 de septiembre

En el mundo de los medios, persiste en ocasiones un cliché derivado de una vieja mentalidad marxista. Se trata de dar un calificativo a una persona cuando comienza su actuación pública: “progresista o conservador”, “cerrado o aperturista”, “cercano o lejano”, etc. Con este calificativo, el que fuera, en el fondo se trata de crear un estereotipo que marque a la persona en cuestión y,

de algún modo, lo enmarca en un molde, del que difícilmente se sale. Ahora, se utiliza con frecuencia alguno de estos calificativos para juzgar las acciones o tomas de decisiones del Papa Francisco. ¿Se pretenderá también enmarcarlo según los parámetros utilizados por nuestra sociedad y así aceptar de él sólo lo que dice o hace que vaya con determinados gustos o tendencias? Pienso que sí.

En unas ocasiones, se le compara con los anteriores Papas. Lo cual es naturalmente lógico, pues las personas no son intercambiables. Pero en ocasiones la comparación quiere de algún modo hacer juicios de valor, según sea nuestra opinión de lo que tiene que ser el Papa. Y cuando el nuevo sucesor de san Pedro dice o hace o toma decisiones llamativas, no siempre, pero sí en ocasiones, con el juicio positivo sobre el Papa actual se afirma, en el fondo, que la Iglesia rectifica o cambia porque antes estaba equivocada. Con el Papa Francisco descubro últimamente que se afirma en algún medio que ha cambiado en su actitud o pensamiento sobre algunos temas desde que es Papa, pues –dicen- era distinto su posicionamiento cuando era Arzobispo de Buenos Aires: que ha realizado un cambio político y religioso fascinante, que su mensaje actual es mucho más “aperturista”. O, puesto que como ahora tiene más poder y libertad, se ha liberado. O que ha visto que ahora conviene a la Iglesia un cambio de talante y más comprensión en temas como el aborto, el divorcio o la homosexualidad en los que antes se mostraba extremadamente duro. Y es que el mundo cambia, la Iglesia cambia, y el Papa también.

A mí todo esto me parece un ejercicio de ficción, que no se corresponde con la realidad. He tenido la posibilidad en este verano de leer una biografía del Papa Francisco, que estudia su entorno familiar, su educación y formación de su personalidad de creyente, sacerdote jesuita, y su servicio pastoral como obispo auxiliar, arzobispo y cardenal de la Santa Iglesia. Todo un análisis de una vida en su contexto personal, eclesial en una Iglesia concreta en Hispanoamérica y en un mundo concreto. Una persona puede cambiar a lo largo de su vida, sin duda, pero pienso que esos cambios son casi siempre matices o subrayados en la trayectoria personal. Con ello no estoy diciendo que Francisco no se diferencia de Benedicto XVI o de Juan Pablo II, e incluso de Pablo VI. Eso sería absurdo. Pero no veo para nada en el Cardenal Bergoglio un cambio táctico como Sucesor de Pedro. Lo que ahora nos sorprende no es algo absolutamente nuevo. Él, como todo seguidor verdadero de Jesucristo, ha vivido la vida cristiana, que ha conocido en la Escritura y en la genuina Tradición eclesial.

Pero el Papa es el Papa. Lo que a él le preocupaba y ha vivido antes, le preocupa ahora como Sucesor de Pedro y lo vive. ¿Qué ahora urge que la Iglesia seamos menos teóricos y más rápidos en vivir lo que Cristo nos pide? ¿Qué no quiere una Iglesia “mundana” ni de apariencias, que se interese realmente por el ser humano, por la humanidad tal y como es y está? ¿Qué pide acercarse más a los problemas que acucian a hombres y mujeres? ¿Acaso no es esta exigencia muy buena para todos los discípulos del Señor? Su forma pastoral puede sorprender, pero no deja a nadie indiferente. En la Iglesia unos nos apoyamos en los otros en la vida real y en el transcurrir de las generaciones. Tal vez no se entienda a Francisco sin Benedicto XVI o Juan Pablo II. Pero los Papas no son cromos que se intercambian, ni crones.

Como siempre en otros Papas, a mí me admira muchísimo una vida como la del Papa Francisco, absolutamente entregada a su servicio eclesial y en favor de toda la humanidad. Bien nos viene a los cristianos estar orgullosos de nuestro Papa, que cada día nos recuerda tantas actitudes que hemos de rechazar y tantas virtudes que hemos de vivir y que ayuden a tantos hermanos en todos los órdenes. Y orara por él y sus intenciones, pues su vida depende también de nuestro modo de vivir el Evangelio. Que se miren con lupa su quehacer diario; que le critiquen muchas de sus actuaciones es un fenómeno normal; lo hicieron con Jesús, que no olvidemos sorprendía cada día.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo y Primado de España